

LA VIDA DOS A DOS

El viaje de un provinciano a Madrid o a Barcelona era un acontecimiento local en otros tiempos. Al marchar se le despedía. Al regreso se le acuciaba con preguntas ávidas. Un tío abuelo mío decidió gastar un puñado de duros en aliviarse de su obsesión por la bella Otero, y allá se fue a por la localidad de teatro más estratégica. Días después pudo informar a sus convecinos:

-Ni más ni menos que mi María Josefa.

María Josefa era mi tía abuela, buena moza de talla -esto sí-, seca, un poco bigotuda. La frase hizo fortuna y aún ahora la sacan algunos, prueba de que significaba una sorprendente excepción.

Más normal, dentro de su tremendismo celtíbero, es lo del paisano que vuelve a casa y de entrada le da una paliza a su cándida mujer: «¡Por sosa!» El hombre, que después de veinte años de matrimonio se había metido en una primera y única juerga, viva de sabor, castigaba de esta manera lo que de repente juzgaba engaño. Casos así se resolvían -bueno, se complicaban- estableciendo que las esposas eran para tal y las otras para cual.

Hoy las mujeres son de dedicación plena en su matrimonio. Se arreglan, acompañan, compiten. Jamás la esposa estuvo tan próxima a la aventura vital del marido. Otros matizan que nunca el hombre anduvo más pegado a las faldas de su mujer. Sin entrar en el orden de los términos, la verdad es que nunca hemos visto tan juntos y siameses a él y a ella, a ella y a él. La preparación empieza con tiempo, en el noviazgo, cuando cada cual pone a contribución su propio bolsillo, acta fundacional de una sociedad. Pero una sociedad que no sólo gasta -aperitivo, espectáculos, excursiones- sino que invierte también en común: discos, libros, a veces el coche, incluso el apartamento. (Me falta experiencia sobre lo que ocurre cuando los novios «lo dejan», en cuanto a esos «gananciales»; pero ahora los noviazgos se rompen menos que antes.) Y no es raro que después de la boda se sigan juntando dos sueldos. Lo cual es forma muy calificada de unión, y no al revés.

Si hoy me he puesto a recapitular estas ideas es porque la vida dos a dos se me entra por los ojos en cuanto contemplo. Cuando uno quiere confirmar sus propias reflexiones, lo mejor es contrastarlas con lo que se anuncia, es decir, con lo que se

vende; es decir, con lo que se lleva. Frente a mi mesa de mirón provinciano, en un pequeño y cálido restaurante de junto a Nuestra Señora de París -más bonito que Notre Dame-, tengo a una mujer vestida de rojo, con grandes figuras siderales de color blanco sobre su traje. Le da compañía un caballero con ancha y ostentosa corbata de la misma tela del mismo rojo, con idénticas grandes figuras siderales de color blanco. Me explican que esto no es nada, tan sólo un tímido balbuceo, porque pronto habré de ver parejas francesas a juego de cabeza a los pies. A mí siempre me han llenado de ternura esas hermanas gemelísimas que se acostumbran a ir iguales desde que nacen, y así siguen para siempre. Esto otro, no sé, no sé.

Pues, ¿y la lluvia? No hay nada tan separador como la lluvia, hay que reconocerlo. Si cada uno de los enamorados porta su paraguas, en medio queda un abismo. Si los dos se meten bajo el paraguas de uno, el resultado es una mojadura para los dos. Por esto los franceses lanzan ahora el paraguas biplaza. En realidad, nada nuevo. Es más o menos el paraguas grandón que antes se veía por los pueblos de España, muy estimado por la gente sencilla y por los curas gallegos. Le llamábamos, un poco despectivamente, «paraguas familiar»: un poco vergonzosamente. Da rabia pensar que ahora triunfará porque trae el marchamo de París, porque vemos anunciada su resurrección en el papel brillante de «Marie-Claire». Imaginen si la ocurrencia fuese de un fabricante de Orense.

Y, en fin, para colmo, la bañera matrimonial. Esto es mérito de los ingleses, que también la bautizan como «bañera de conversación», puesto que la pareja puede dentro de ella charlar e incluso aderezar tan insólita convivencia con unas copitas. El fabricante promete una gran comodidad porque el artefacto lleva un tabique central que permite temperaturas diferentes a uno y a otro lado; algo así como esas camas que quieren ser de matrimonio, a base de dos colchones separados por una inhabitable tierra de nadie. Pero un celoso y encelado competidor ha respondido con la verdadera bañera conyugal, sin encubrimientos, amparándose en el correspondiente reclamo: «Si no quieren tomar un baño a la misma temperatura, ¿a santo de qué tomarlo juntos?» Observen el matiz, la solapada invitación a lo primero.

Bien. Todo esto debe ser bueno, justo y necesario. «Serán dos en una sola carne», escribía San Pablo a los efesios con fecha de hace dos mil años, entrecomillando, si entonces se ponían comillas, aquellas otras palabras del Génesis (capítulo 2, versículo 24) por las que millones de veces se habrá dicho eso tan castizo de «Aquí, mi costilla...» Una sola carne; ahora, también, un solo dibujo en el vestido, un solo paraguas, una sola bañera... Y aun diremos que el mundo de hoy no tiene principios. Lo que hace falta, esto sí, es una vocación muy fuerte para la coyunda.

Antonio PEREIRA